

“Pero antes mirará de mi venganza
 El tremendo lugar, do entre castigos
 Penan los que sin luz, sin esperanza,
 De su Dios y de sí son enemigos:
 Las regiones de paz y bienandanza
 Donde colmo de gozo á mis amigos,
 Divisará tambien: á un tiempo mismo
 Verá el cielo, la tierra y el abismo.

“Verá el tremendo dia, que ya preparo
 Para dar en el mundo delincuente
 Castigo al vicio, á la virtud reparo,
 Enarbolar mi cruz gloriosamente,
 Romper el seno de la Muerte avaro,
 Dar á mi Iglesia triunfo indeficiente;
 Y con candado encarcelar eterno
 Las rebeldes legiones del Infierno.

“Ya se aprocsima la hora, que dispuso
 Mi Padre en sus recónditos arcanos,
 De que fenezca el mundo, y en que puso
 Las suertes de los hombres en mis manos.
 El torpe reino del Error confuso
 No regirá los míseros humanos,
 En cuyas sendas brillará constante
 Siempre la claridad de mi semblante.

“Angeles de Jehováh, ministros mios,
 Requerid, requerid vuestros aceros,
 Que tiempo es ya de encadenar los brios
 Del Crímen y el Error, déspotas fieros;
 Que desatados de sus antros frios
 Pisan mi ley osados y altaneros:
 Mi Providencia de temor arguyen,
 Talan mi campo, y mi heredad destruyen.”—

Dijo, y estas palabras resonaron
 Del cielo por las bóvedas estensas,
 Y del profundo abismo penetraron
 A los antros de horror y sombras densas.
 Escuadras mil de Espíritus bajaron,
 Que de Jesus en derredor suspensas
 Himnos cantaban en unido coro,
 Acompañadas de sus arpas de oro—

“Gloria, decian, á tí, que descendiste
 De tu asiento inmortal de luces bellas,
 Y la llorosa humanidad vestiste
 Bañando en sangre de dolor tus huellas:
 Triunfante del pecado, el cielo abriste
 Al hombre y lo elevaste á las estrellas:
 Los cielos se te inclinen y te honoren,
 Los hombres y los ángeles te adoren.

“Muéstrate ya, Monarca poderoso,
 Ciñe al muslo tu espada reluciente,
 Y lleno de hermosura y victorioso
 Procede, triunfa, y reina felizmente:
 Al imperio te eleven poderoso
 Los hechos de tu diestra prepotente,
 Y te coloque en escelsa cumbre
 Unidas la Justicia y Mansedumbre.

“¿Qué importa que las gentes y naciones
 Contra tí se levanten coligadas,
 Si á todos los contrarios corazones
 Traspasaran tus flechas herboladas?
 Tus tendidas banderas y pendones
 Harán sombra en regiones apartadas:
 El cetro del poder tendrás brillante;
 Serà inmóvil tu trono de diamante.

"Amaste la virtud, y en los palacios
Dó lleno de esplendor alumbró el día,
El Dios, que vivifica los espacios,
Te ungió en premio, con óleo de alegría.
Coronado de auríferos topacios,
Vertiendo mirra, casia y ambrosía,
Te unirás á tu Iglesia, digna esposa,
Y á tí la elevarás limpia y hermosa.

"Ella, con vestidura donde pinta
Mano divina, para mas decoro,
En rojo fondo de encendida tinta
Cándidos lirios y recamos de oro,
Y entre sus cercos de labor distinta
De perlas derramó rico tesoro,
Se acercará á su Esposo, tierna amante,
Como de aromas mil nube fragante.

"Oye, Esposa sagrada, atiende, inclina
Tu oído á la alta inspiración del cielo,
Deja esa tierra, que de tí no es dina,
Valle opaco de duda y desconsuelo,
Y eleva el vuelo á la región divina
Dó la santa verdad luce sin velo:
Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

"Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos,
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente,
El orbe á tí se postrará obediente."

Cesaron de los coros los acentos
Que á intervalos el eco repetía,
Y vagos se estendieron por los vientos
Derramando dulcísima armonía.
Los altos cielos al prodigio atentos
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Solo el monstruo gimió de la venganza.

Las Escuadras Angélicas cercaron
A Jesús, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas.
Al encumbrado empíreo penetraron,
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

A los muros entró la pompa augusta
Y la visión al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el Espacio se oscurece.
El alma santa, que amorosa y justa
A los ojos de Dios tanto merece,
Que alcanzó mi perdón, Elisa bella,
Sola quedó cual vespertina estrella.

Ausencia de Elisa.

ESTÁTICA la ví, y á par sumisa
 De los cielos beber la luz fulgente,
 Despues envuelta en esplendor y en risa
 Miróme y ausentóse de repente.
 ¡A dó vas? ¡á dó vas, amada Elisa?
 Ven en mi auxilio, ven, clamé doliente:
 No te alejes, y ocultes tu hermosura....
 Dije así, y se cerró la noche oscura.

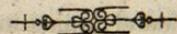
Densa niebla me estrecha y me circunda,
 Y sombra de amargor y de recelo,
 Largo llanto mis párpados inunda
 Privados de la gloria y luz del cielo;
 Y me hallo ausente en soledad profunda,
 Sin la que fué mi escudo y mi consuelo,
 Y al ausentarse me dejó en despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Recuerdo entónces de mis tiernos años,
 Las dulces horas con placer corridas,
 Cuando fueron mis plantas sin engaños,
 Por la materna mano dirigidas.
 ¡Qué de yerros despues, qué grandes daños!
 ¡Qué de estériles lágrimas vertidas!
 ¡Cuántas veces con soplo turbulento
 Abrasó el infortunio mi contento!

Y recuerdo aquella hora venturosa,
 Orígen de mi amor y mi alegría,
 En que tu talle ví, tu faz de rosa
 Llena de timidez, Elisa mia;
 Y luego aquella en que tu voz graciosa
 En las aras juró que me queria,
 Nuestras almas dejando enamoradas,
 Con afecto dulcísimo enlazadas.

El áspero sendero de la vida
 De flores, por tu mano, ví adornado,
 Y tambien en la tumba, tan temida,
 El árbol de esperanza ví plantado:
 Arbol que elevará su copa erguida,
 Con nuestras mútuas lágrimas regado,
 Y defendido con cuidados tiernos
 Vencerá del sepulcro los inviernos.

Símbolo bello de tu amor precioso
 Protegido de tí dará sus frutos,
 Y con tu influjo rendirá copioso
 De mi arrepentimiento los tributos;
 Hasta que en otro mundo mas hermoso,
 Mis ojos de llorarte nunca enjutos
 Gocen, sedientos de tus claras luces,
 La gloria accidental que tú produces.



*El Angel de la Guarda se aparece de nuevo al Alma,
y la conduce por las regiones del antiguo Caos á la puer-
ta del Infierno.*

EN pavorosa noche así gemia,
Ciegos los ojos, tímida la huella,
Cuando de pronto en la region vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos estensos descendia
Luciendo en las tinieblas como estrella,
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo.

Y la figura distinguí, gallarda,
Del Númen que benéfico me ausilia,
Que entre peligros mi ecsistencia guarda
Y defiende mi sueño, y mi vigilia:
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus alas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado amor la antorcha enciende.

Cuando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prision la ciña,
Todo lo olvida el Anima inocente,
Ingenua y candorosa como niña:
Sus conceptos espesa balbuciente:
Tímida los objetos escudriña;
O ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda:

Pero entónces el Númen misterioso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina y solícito la ampara.
Este, que me dirige cuidadoso,
A mí volvió benévolo la cara,
Y trabando mi mano de su mano
Me habló, como el hermano habla al hermano—

“Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado:
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
A tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

“Y hora que el Juez Supremo te destina
A recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos, que lo reduzcan á sosiego,
Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

“Ven, pues, y con valor y fuerza entera
A ver el hondo Abismo te apresura.”—
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Conmigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz, desaparece.

Al esplendor templado, que derrama,
Del antiguo Caos vi los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos.
Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservò los elementos
Con que al morir este orbe ya infecundo,
Edifique otros cielos y otro mundo.

Sobre una mole peñascosa y basta,
Armado un Nùmen de bruñido acero,
Las iras templada y el furor contrasta
De aquel abismo tenebroso y fiero:
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fùlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados
Braman ante sus piés encadenados.

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebataran en su vuelo
El mar, la tierra, la estension del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo;
Y á la obra del Señor aniquilada
Suciediera el imperio de la nada.

Allá en antros eternos sepultados
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes:
Allí de modos mil eslabonados
Los futuros se inician contingentes;
Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

Un desierto despues miré espantoso,
Con charcos y con yelos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso,
Yerma region de lágrimas y olvido:
Un rio lo atraviesa silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido:
La Tristeza con llanto interminable
Crece y aumenta el curso miserable.

Descúbrense de allí los altos montes
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento.
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando à las rocas del cimientto,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

*El Alma acompañada del Angel de la guarda visita el
Infierno.—Pintura de este lugar.*

LA mano del Eterno me dispuso
Antes que cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso
Al dolor y tormento preparados,
Do en perpetuo gemir vivia recluso
El bando de los réprobos malvados:
La dulce compasion aquí no alcanza:
DEJAD LOS QUE PASAIS TODA ESPERANZA.

Estas palabras ví con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé sucinta
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color estinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazon, y un yelo frio
Cuajó mi sangre, encadenó mi brio.

Volviera atrás la temerosa planta
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Angel tutelar, con mano santa
No me tuviera en aquel trance quedo:
Mi contristado espíritu levanta,
Y signando mi frente con el dedo,
Al mismo Infierno me volvió invisible,
Y á su fuego y ardores impasible.

Pasé asombrado la terrible puerta,
Y una ancha escala bajé, tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa:
Desciende en vueltas mil, y deja abierta
Entrada á una caverna pavorosa,
Do empiezan del Infierno las regiones,
Y sus senos de horror, y sus prisiones.

Jamás, tierra infeliz, en tí se anida
El ave tiernamente enamorada,
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni menos en tus sombras fué sentida
La voz de esposo, ni de esposa amada,
Que espresa con recato, entre caricias,
De una casta pasion blandas delicias:

Mas solo de la rabia, y las injurias
En tu ámbito letal suena el acento,
De la culpa salaz hijas espúrias,
Hermanas del atroz remordimiento.
Yo vi en tu seno las terribles Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
Romper con duros brazos despiadados
El negro corazon de los malvados.

Ví allí á Nembrot, por su soberbia loca,
Ligado con cadenas diferentes
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor, de ascuas ardientes:
Espumas derramaba de la boca,
Volvia los ojos y crugia los dientes,
Espresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

Al Rico Avaro ví, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazon de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero;
Y en castigo á su culpa merecido
Alzar en vano el grito lastimero,
Mientras de sus hundidos ojos brota
El llanto de dolor, gota por gota.

Ví de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrompida materia y sangre tibia,
Que mil gusanos recogian hambrientos:
Parece á veces que su mal alivia
Y que cierra sus ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama
De repente en sus carnes se derrama.

¡Cuánto castigo, oh Dios, cuánto suplicio,
 Cuántas nuevas maneras de rigores
 Vi en aquel triste y doloroso hospicio,
 Dó siempre morarán los pecadores!
 Duras cadenas, áspero ejercicio,
 Rígidis hielos, férvidos ardores,
 Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
 ¡Y nunca ver el apacible cielo!

Hay en aquellos campos una fuente
 Que turbia nace entre cavernas hondas,
 Y allí penando innumerable gente,
 Atascada en sus márgenes hediondas:
 En accesiones de una fiebre ardiente
 Beben los tristes las dañosas ondas;
 Hínchanse, se corrompen, y entran luego
 En rabioso delirio sin sosiego.

Bajan las aguas lentas y pesadas
 A formar en un valle un lago estenso,
 Que á un lado ciñen rocas escarpadas,
 Al otro un bosque pavoroso y denso:
 La arena de sus playas abrasadas
 Cubre de sierpes mil número inmenso:
 No la ancha Libia, fértil en venenos,
 Vió con mas sierpes sus desiertos llenos.

Donde quiera la planta temerosa
 Con abrojos y víboras tropieza:
 En unos, picadura dolorosa
 Castiga la desidia y la pereza:
 En otros, mordedura venenosa
 La presuncion altiva y la aspereza:
 El aire corrompido, donde toca,
 Comprime el pecho, el corazon sofoca.

Un fugitivo en una senda estrecha
 Buscaba amparo bajo el bosque umbrío,
 Cuando un dragon horrible, que lo acecha,
 Al encuentro salió contra él, bravío:
 Lo oprime entre sus garras y lo estrecha,
 Lo hace gemir con doloroso ahogúio:
 Su venenoso aliento en él infunde,
 Y aquel sér en su sér une y confunde.

Sepáranse despues el hombre y fiera
 En un círculo de humo dilatado.
 Quedando aletargada la primera
 Y de su piel el hombre despojado:
 Una nube de tábanos ligera
 Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado,
 Castigando, violentos é insaciables,
 Al que robó á los pueblos miserables.

Guerreros miré allí, conquistadores,
 Del bosque por las ramas suspendidos,
 Sufrir de un vivo incendio los ardores,
 De inflamadas materias revestidos;
 Y en tanto que publican sus dolores
 Con agudos lamentos y alaridos,
 Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
 Quema los troncos y la arena abrasa.

Interminable série de cavernas
 Abiertas de la playa en rocas duras,
 Prisiones asperísimas y eternas
 Donde penan las ánimas impuras,
 Brillan con rojas llamas sempiternas
 Entre las sombras del abismo, oscuras:
 La triste luz de sus ardientes fraguas
 Refleja á trechos en las muertas aguas.

De sus breves placeres arrancado
 Esclama un pecador: ¡ay triste! ¿dónde
 Me encuentro?—EN EL INFIERNO CONDENADO—
 Una voz misteriosa le responde.
 Otro, por largos siglos abrasado
 En el fuego y el humo, que lo esconde,
 Pregunta con despecho: ¿qué hora es esta?
 Y aquella voz—LA ETERNIDAD—contesta.

Oh Eternidad terrible y espantosa,
 Duracion para el hombre incomprendible!
 Sola tú te levantas poderosa
 Contra el tiempo y sucesos, invencible:
 De encima de tu mole portentosa,
 Mas alta que la máquina visible,
 En regiones tranquilas y serenas
 Con sublime mirar, todo lo llenas.

Las corrientes del tiempo asoladoras
 Se agolpan de tu trono á los cimientos,
 Sin que basten sus ondas rugidoras
 A mover tus perpetuos fundamentos:
 Las edades del mundo son tus horas,
 Los dilatados siglos tus momentos,
 Todo se hunde á tus piés, todo se abisma,
 Y eres perpetua tú, siempre la misma.

No llegan á tu oído incesorable
 Los ecos del dolor y el blando ruego:
 La dicha de los justos inefable
 Ves con serenidad y con sosiego:
 Debajo de tu trono perdurable,
 Abismada en sus cárceles de fuego
 El ànima infeliz, de tí no alcanza
 Un rayo de consuelo y de esperanza.

Que mucho, que entre llamas y prisiones
 Con rabia y con furor clame el precito—
 “¡Perezca el día de llanto y de aflicciones
 En que nací á la culpa y al delito!
 ¡Malditos sean, oh libertad, tus dones!
 ¡Detesto de la vida el don maldito!
 ¡Montes, que me escuchais, venid encima:
 Vuestra mole mi sér hunda y oprima!”—

No de otra suerte la enjaulada fiera,
 Entre cadenas y dobladas barras,
 En vano se fatiga y desespera
 Por romper de su cuello las amarras:
 Ruge desesperada y altanera,
 Esgrime los colmillos y las garras,
 Aumentando la rabia, que la aqueja,
 El inútil furor con que forceja.

Entre nublados cárdenos y frios,
 Al impulso veloz de airado viento,
 Vi agitados espíritus sombríos
 Pasar á otras regiones de tormento:
 No lleva de los árboles umbríos
 Mas hojas, en otoño turbulento,
 El sañudo aquilon con negras alas,
 Despojando las selvas de sus galas:

Ni vuelan en mas número tendidas
 Por el aire las aves en hileras,
 Cuando á nuevas regiones dirigidas
 Ven de lejos las húmedas praderas.
 Apenas unas turbas son cogidas
 Cuando otras turbas cubren las riberas,
 Que aquel viento infernal traslada presto
 Con repetido soplo al lado opuesto.

Al fin del muerto lago cenagoso,
 En sus aguas pesadas y sin vida
 Se espeja, con aspecto pavoroso,
 Del Dite la ciudad, toda encendida;
 Sus torres de metal ferruginoso
 Y su estensa muralla incandecida
 Con espantosa luz brillan de lejos,
 Lanzando entre las sombras sus reflejos.

Iguales entre sí sus varias partes
 Se levantan con tosca simetría,
 Coronados sus muros y baluartes
 De gruesa y formidable artillería:
 Allí de destrucción todas las artes
 Sostienen, de Luzbel la tiranía;
 Y el que era liberal ante el Eterno
 Es déspota y tirano en el Infierno.

Son sus guardias Espíritus guerreros,
 Gigantes contra el cielo rebelados,
 Cuyos semblantes hórridos y fieros
 Por el rayo de Dios se ven sulcados:
 Armados de corazas y de aceros,
 Negros como la noche: despechados:
 Prontos á la venganza y los arrojos,
 Terrífico fulgor lanzan sus ojos.

De la ciudad en medio se levanta,
 Sobre cuadrada forma, un edificio,
 Que en altura á los otros se adelanta,
 De ruda construcción y órden Egicio:
 Cuatro plazas se estienden á su planta
 Destinadas al bélico ejercicio,
 Y en ellas, peristilos dilatados
 En columnas de Pesto sustentados.

De la maciza mole sobre el centro
 Una cúpula inmensa se descubre,
 Que atrevida se eleva, y á su encuentro
 Flotante niebla su remate encubre:
 Vestida de labores por adentro
 El sólio de Luzbel defiende y cubre,
 Y en la estension del liso pavimento,
 Bajo rico docel alza su asiento.

A la luz de una lámpara que brilla
 Sola en aquel lugar, Luzbel sañudo
 Se deja ver en poderosa silla,
 Atlético en sus formas y membrudo:
 Apoya sobre un brazo la megilla:
 Cobrizo de color, pecho desnudo;
 Feroz es su mirada resoluta:
 Torva su frente, su cabeza hirsuta.

Nunca se viera en lúgubre santuario
 Para sangrientos ritos erigido,
 Cuando media su curso solitario
 La noche, envuelta en sueño y en olvido,
 De mano de famoso estatuario,
 Al brillar de una antorcha el rayo vivo,
 Ante los ojos de aterrada gente,
 Coloso mas soberbio y mas valiente.

* * * *

